

¿Mayor y pobre? No, gracias.

ANNA FREIXAS

Los datos acerca de la pobreza en el mundo son siempre y en todos los casos escalofriantes. Sin embargo, cuando centramos nuestra atención en la distribución de la pobreza en función del sexo, comprobamos que en este reparto las mujeres cargamos con la peor parte. Así pues, las estadísticas acerca de la pobreza nos indican que entre la población pobre de la humanidad tres de cada cuatro personas son mujeres y entre las personas pobres que viven solas cuatro de cada cinco son también mujeres. Este fenómeno según el cual ellas constituyen la población pobre de la humanidad se ha llamado feminización de la pobreza.

¿Cómo es posible que consigamos mantener año tras año esta proporción y esta alienación respecto al dinero? Ciertamente la cosa no se fragua en la vejez. Debemos retrotraer nuestra mirada muchos años antes. Tan lejos como cuando en la primera juventud se marcan los objetivos personales que determinan las opciones vitales y profesionales de mujeres y hombres. Momento crucial en el que las adolescentes reproducen el temor que mostraron sus madres y abuelas por plantear un claro interés por ganar dinero y, con él, disponer de la libertad y la autonomía necesarias que permitan una dignidad, autoestima y valoración propia imprescindibles y con ellas el reconfortante respeto de los demás.

Enzarzadas en el dilema entre el éxito y la satisfacción de las necesidades de afiliación, nuestras adolescentes carecen de los modelos necesarios para marcarse objetivos profesionales y vitales en los que se combinen equilibrada y satisfactoriamente los diferentes roles que deberán, también, ser compartidos por sus compañeros afectivos quienes suelen mostrarse alegremente dispuestos a compartir el sueldo que ellas aportan a la familia, pero se muestran menos diligentes ante la corresponsabilidad del trabajo doméstico y de las angustias y dudas que acarrearán las tareas nutritivas que facilitan el funcionamiento afectivo y efectivo del hogar.

Educadas para la dependencia, para la inseguridad ante las conductas resolutivas, atemorizadas ante la posible pérdida del amor, o simplemente por no

poder conseguirlo en una sociedad en la que "ellos" todavía eligen afectivamente, las chicas temen no ver satisfechas sus legítimas necesidades afectivas y maternales y en las últimas etapas educativas empiezan a desarrollar el "miedo al éxito", cuando ven que la relación con los chicos se hace más difícil para las mujeres brillantes y trabajadoras.

Sin ninguna duda, la verdadera pobreza de la mujer empieza muchos años antes de sufrirla, cuando las chicas no se plantean la necesidad de prever su jubilación ya que creen que cuando se casen su marido organizará las finanzas familiares, planificará el futuro y ahorrará para la época del retiro. Estos problemas se inician en la juventud y se consolidan en la edad adulta con la participación, a menudo intermitente, de las mujeres en trabajos mal remunerados, sin derecho a seguridad social, ni a pensión. Esta falta de planificación histórica de la jubilación por parte de las mujeres se debe fundamentalmente a razones psicosociales e institucionales, como consecuencia de una socialización del rol que las ha llevado a creer que recibirán el cuidado y ayuda de alguien cuando sean viejas. Todas sabemos que eso no es así, ni va a cambiar.

Ya en el informe español del Tribunal sobre Mujer y Pobreza en la C.E. se argumenta que es la exclusiva orientación de su capacidad y disponibilidad hacia la familia en los mejores años de la vida lo que empuja inexorablemente a las mujeres a un empobrecimiento progresivo.

Todo ello genera la pobreza oculta

La exclusiva orientación hacia la familia empuja a las mujeres a un empobrecimiento progresivo

de la dependencia, como una bomba de relojería, causa principal de la pobreza de la mujer en la medida en que el trabajo doméstico de las mujeres libera del trabajo "no remunerado" a los demás miembros de la familia y les permite concentrarse en el trabajo asalariado, ganar más dinero, hacer "cosas importantes", mejorar, en definitiva, su calidad de vida y su capital. Con el trabajo a tiempo parcial, los empleos mal remunerados, los trabajos precarios, etc., se crea la paradoja de que si bien el sueldo que obtienen las mujeres ayuda a evitar la pobreza de la familia, no evita su pobreza individual. Por lo tanto, no es de extrañar que el matrimonio suponga para muchas mujeres el inicio del camino de la pobreza, puesto que la dedicación de la mujer al bienestar de la familia ocupa gran parte de su tiempo y energía. El matrimonio, pues, mejora la vida de los hombres y empeora la vida de las mujeres (en EE.UU., en las edades en que se supone que las personas están ya casadas, no los quieren solteros, pero, curiosamente, a ellas no las quieren casadas).

La mayor parte del trabajo de las mujeres es imprescindible para la supervivencia de la humanidad; sin embargo en las estadísticas se trata como "no trabajo, inactividad". La causa

principal de esta denominada "inactividad" de la mujer es el matrimonio, mientras que los hombres sólo acceden a ella a través de la jubilación. Para las mujeres el trabajo doméstico es el equivalente al trabajo remunerado de los hombres. Por esta razón buscar marido no ha sido sólo una actividad relativa al mundo de los afectos: es la forma a través de la cual la que será ama de casa consigue un "puesto de trabajo".

Es imprescindible que las mujeres superen las dificultades psicológicas que conlleva dar prioridad a estos temas. Ellas deberán dar un buen meneo a sus estructuras internas, pero para que eso se consiga es indispensable que ellos modifiquen su valoración del trabajo doméstico, de las tareas afectivas y de crianza e inicien el camino de la "voluntaria simplicidad" que permite resituar los valores del trabajo y el amor en armonía. Por lo tanto para terminar con la pobreza de las mujeres será necesario que ellas planifiquen de manera más contundente sus años de jubilación y que empiecen a dedicar parte de su energía, actualmente dirigida a mejorar el bienestar de los demás, a asegurarse una seguridad financiera para la vejez. Esta planificación cuidadosa requiere, además, que se den unos servicios sociales eficientes, una educación realista y una investigación continua sobre este tema.

Dada la longevidad creciente de las mujeres, la continuada, sistemática y cruel discriminación contra ellas que les ofrece una alta probabilidad de estar solas, sea por elección personal, por divorcio o viudedad, las pensiones inadecuadas y miserables que les van a quedar y la alta tasa de enfermedades crónicas, las mujeres deberán comprender que es para ellas vital planificarlo todo como si fueran a vivir cien años y, además, sin pareja o sin una red de apoyo que las pueda ayudar.

Anna Freixas Farré es profesora en la Universidad de Córdoba.

El matrimonio mejora la vida de los hombres y empeora la vida de las mujeres

